



Escuela Lacaniana de Psicoanálisis del Campo Freudiano

El Debate de la ELP

Nueva serie

15 de junio 2010 (53)

Difusión

Lista electrónica [elp-debates]

Marta Davidovich: martadjp@arrakis.es

Web de la ELP: <http://www.elp-debates.com/>

Seminario del Pase

“Pase y política del pase”

Comunidad de Catalunya de la ELP

"El pase de la Escuela"

Sobre la Escuela y la Comunidad analítica

Lucia D'Angelo

“El agujero del Psicoanálisis”

Anna Aromí Folch

“Preservar el vacío”

Rosa Godínez

“Los restos pensables”

Antoni Vicens

El pase de la Escuela*

Sobre la Escuela y la comunidad analítica

Lucia D'Angelo

La Escuela está animada por un movimiento, descrito respecto de la enseñanza misma de Lacan que debe ser la brújula que nos oriente en el momento actual, en los tres niveles de la política: la política en general, la política para el psicoanálisis lacaniano y la política de la cura, que tiene consecuencias en la vida institucional y en el lazo asociativo que se entreteje en la comunidad analítica que configura la Escuela.

La estrategia de la transferencia, la táctica de la interpretación y la política del síntoma nos orienta a que el analista lacaniano no retrocede frente ante lo real, ya que lo real no depende del analista, sino más bien, en *hacerle la contra*, para utilizar la expresión de Lacan en *La Tercera*: “Lo curioso en todo esto es que el analista en los próximos años dependa de lo real y no lo contrario. El advenimiento de lo real no depende para nada del analista. Su misión, la del analista es hacerle la contra.” [1]

Según Lacan, el psicoanálisis, socialmente, “tiene una consistencia distinta de la de los demás discursos. Es un lazo de a dos. En tanto tal está en el lugar de la falta de la relación sexual. Esto no basta para hacer de él un síntoma social puesto que falta en todas las formas de la sociedad. Está ligado con la verdad que hace estructura de todo discurso. Precisamente por eso no hay sociedad verdadera basada en el discurso analítico. Hay una Escuela, y ésta, justamente, no se define por ser una sociedad”.^[1] Pero hay un real en juego en la formación del psicoanalista y no es menos patente el hecho de que ese real provoca su propio desconocimiento, incluso que produzca su negación sistemática. [2]

Estas referencias ponen en el horizonte la condición para que estemos advertidos de que la subjetivación de la Escuela, requiere en cada momento, cernir ese real e interpretarlo. La Escuela del pase o mejor, su inversión lógica, el pase de la Escuela, implica el pasaje, el paso que debe dar la Escuela en el sentido de subjetivar los efectos de la interpretación sobre lo real y actualizarla en cada momento histórico con los mismos recursos que el sujeto accede a dar el paso, el pasaje de analizante a analista: “Este

lugar implica que uno quiera ocuparlo; no se puede estar en él por haberlo demandado de hecho sino de forma”. [3]

Por otra parte, si el pase es un dispositivo clínico que permite evaluar dicho pasaje, es también un dispositivo institucional: “La Escuela puede garantizar la relación del analista con la formación que ella dispensa. Puede y por ende, debe.” [4]

Se trata en efecto, de un deber ético y de una orientación política de la Escuela.

En el marco de este Seminario del Pase, “Pase y política del pase”, estas reflexiones vienen precedidas por los debates sobre el pase y su efecto institucional a lo largo de los últimos meses en la ELP. La próxima Convocatoria del Colegio ampliado del pase de la FEEP/ELP marcará sin dudas, una primera escansión en estos debates. Dicho Colegio del Pase reunirá a todos los miembros concernidos en el dispositivo del pase - carteles y secretariados- desde la creación de la ELP (2000) ampliado a los AMEs y AEs de la Escuela. Habrá que revisar también, la historia de sus antecedentes desde que el pase fue instaurado para España en anteriores formas institucionales.

Esta convocatoria tiene la vocación de reunir a la amplia comunidad de la Escuela concernidos en el pase y sus dispositivos.

Precisamente, la reflexión que propongo para el debate es a que nos referimos en cuanto a la relación entre la comunidad analítica y la Escuela. Tema que por otra parte, hemos tomado a nuestro cargo en numerosas ocasiones.

En todo caso, ¿es lo mismo identificar la Escuela y la comunidad analítica que se supone que aloja en su seno?.

Como cada uno termina encontrando lo que busca, llegaron a mis manos los tres tomos de “Conferencias porteñas” de Jacques-Alain Miller recientemente publicados donde me he encontrado con referencias sorprendentes sobre el tema de mi reflexión. Como se sabe, dichas conferencias fueron proferidas en Argentina, y junto con “Lacan elucidado” (Brasil) y “Introducción a la Clínica lacaniana” (España) forman un conjunto en castellano de las intervenciones de Jacques-Alain Miller y de su orientación lacaniana a lo largo de más 20 años.[5] Que como bien dice, en la editorial del III Tomo de las “Conferencias porteñas” Graciela Brodsky, con las tres publicaciones “se tendrá un panorama de la reflexión sobre la doctrina, la práctica y la política del psicoanálisis que acompañó la difusión de la orientación lacaniana en los veinte años que siguieron a la muerte de Lacan”.

Quiero reseñar alguna de estas referencias con relación a la Comunidad analítica y la Escuela por la actualidad que contienen para nuestro debate de hoy.

En “El psicoanalista y la Escuela (1990)”, J.A. Miller se pregunta ¿Cómo saber que eres un analista?.

La respuesta a esta pregunta sienta las bases de que hay dos vías de selección interna en la Escuela, dos vías de reconocimiento de los analistas: los analistas que se reconocen a la partir de la práctica (AME) y los analistas que se reconocen a partir de su análisis (AE). Se trata de dos órdenes distintos y de dos modalidades de selección de los analistas.

Su afirmación es contundente: “Es el problema de la Escuela, y eso es el pase.” Subraya que la Escuela tiene cierta tendencia a adquirir ciertos rasgos de secta cuando se muestra tan segura de sí misma e intolerante. Y remite a actualizar la lectura de la Proposición del 1967 que sigue siendo un texto fundamental al cual recurrir y problematizar.

En 1996, Jacques Alain Miller, en Argentina, dedica un texto precisamente a “La Comunidad analítica - Nueve facetas de la Comunidad analítica.” Que merecen la atención de su lectura por la actualidad de sus retratos, por otra parte, muy divertidos. Reseño brevemente esas facetas, de las que recomiendo su lectura.

1. Una apertura por lo cómico

La Comunidad analítica, es cosa de bromas y de engaños. Jamás un miembro de la comunidad sabrá el color de su disco mirando la espalda de sus compañeros. La certidumbre del color de su propio disco se saca de su acto.

2. La Comunidad lógica

La Comunidad analítica, reúne a miembros que no pertenecen a ningún conjunto. Ser analista no es un atributo, un rasgo segregativo del cual deducir quienes lo son y quienes no lo son.

El carácter no segregativo responde la idea lacaniana de una Escuela como distinta de una Sociedad, de una Asociación. En la IPA se piensa que todos tienen el mismo rasgo, el ser analistas.

En una Escuela no se sabe que es un analista.

3. La Comunidad operativa

Lo cómico y lo lógico tiene consecuencias operativas.

La Comunidad analítica se define por el debate acerca de lo que es un analista. No se define por un saber, sino por un querer saber, que toma la forma operativa del pase.

La respuesta del pase, es siempre singular, vale para uno. Tiene resonancias en los demás, pero no es equivalente a un universal.

El procedimiento del pase es un medio de obtener el acto solitario del sujeto compartido en acto ante los que hacen el mismo movimiento, que lo sostienen en ese paso.

4. La comunidad trágica

Hay una conexión fundamental entre la comunidad analítica y la muerte. Toda comunidad realiza o lo intenta presentificar, una Aufhebung de la muerte, en la medida que una comunidad si se encarna en una institución sobrevive a sus miembros.

5. La comunidad dionisiaca

La Comunidad analítica es poco dionisiaca, no es una comunidad de lo inconfesable.

6. La comunidad cínica

Si la Comunidad analítica no es dionisiaca, sí es, cínica. En la medida que es una comunidad de confesados. Porque está fundada en una relación con el goce, del goce de uno a otro. El neurótico confiesa la separación del Otro y del goce y confiesa que él mismo como sujeto, es el vacío que separa el Otro y el goce.

7. La comunidad epistémica

Se plantea la pregunta si la Comunidad analítica está construida sobre un plus de goce o sobre el saber. En cualquier caso de que saber se trata.

Vivimos como analistas sobre un saber supuesto mientras que en la universidad o en la comunidad epistémica utópica, se debería exponer el saber. Hay que debatir en qué medida una comunidad fundada el saber supuesto puede llegar al saber expuesto. Para ello están las Secciones Clínicas.

8. La comunidad inconsciente

El inconsciente es el lugar del Otro, el hecho común apunta a la experiencia del inconsciente. El Otro social, el Otro de la comunidad nos da cuenta de la experiencia del inconsciente. Witz.

Se piensa que el pase es para uno solo cuando lo esencial es la estructura del Witz, es decir que se comunique a los otros. La lógica del witz implica que el pase se incluye en el proceso social. No de la sociedad en general. Sino una comunidad particularizada con sus propias inhibiciones, con sus propios tabúes. Es una segregación de la sociedad en general.

9. La comunidad exquisita

Pienso que es idónea una adhesión irónica a la comunidad analítica. Toda la enseñanza de Lacan es irónica a la vez que matemática.

La comunidad analítica misma debe ser irónica hacia las autoridades sociales, tener la reverencia necesaria hacia esos poderes y siempre mantener distancia e irrisión.

Termina este texto recomendando que la Comunidad analítica, debe ser a la vez, radical e irónica, seria y cómica.

Un año después, Jacques-Alain Miller, dedica otro a “El Psicoanalista y su comunidad” (1997) a partir de algunos puntos que reseño.

1. El acuerdo-desacuerdo

¿Está usted de acuerdo o en desacuerdo con la comunidad a la cual pertenece?

La opción binaria del acuerdo o el desacuerdo no da cuenta de la relación compleja con la comunidad a la que se pertenece.

2. La pertenencia

La comunidad es una figura del Otro que no existe pero como pertenencia tomamos al Otro como significativo, como un conjunto. Aunque esta es una vertiente de nuestra relación con la comunidad, no es la buena vía de reflexión sobre la comunidad analítica.

3. El querido compañero

Lo más interesante de la comunidad a la que se pertenece es que formalmente es definida como problemática.

La Escuela no da ninguna seguridad sobre el atributo de cada uno como analista. El atributo que reúne una comunidad de la Escuela es un punto de interrogación.

Es una comunidad reunida alrededor de un agujero.

4. Lo que no me gusta

Es cuando prevalece el automatón, la infatuación, el confort y el sueño. Cuando prevalece un deseo de no estar nunca sorprendido, cuando la sorpresa se vuelve o imposible u odiada. Porque en esos casos, la comunidad se congela.

5. La herida y el cuchillo (Baudelaire)

No hay comunidad sin estándar, sin rasgo común.

En la Comunidad analítica, el único estándar que conviene es el signo de interrogación, que es idéntico al sujeto barrado como tal, y que se puede traducir como un sujeto disponible.

6. Encore

La comunidad analítica a la cual se pertenece no es en tanto elemento de un conjunto sino objeto (a) cuya relación no es de pertenencia, sino de un objeto que divide al sujeto.

7. La comunidad y la causa

La Comunidad analítica está para servir a la causa analítica y no al contrario, la causa para servir a la comunidad.

La Escuela está para ponerse al servicio del Psicoanálisis y no lo contrario porque si no la Escuela se vuelve contra la causa analítica.

La causa analítica, en posición de objeto (a) debe encarnarse como matriz de la comunidad, si no la comunidad, se convierte en asistencia mutua de sus miembros en contra de la causa.

8. La onda

¿Qué tipo de comunidad?

La cuestión que se plantea es si podemos decidir pertenecer a una comunidad que se relacionan de otra manera con lo real de la experiencia analítica; los que tratan de no embrollarse en la relación con ese real y padecen de embrollarse con esto.

La Comunidad analítica no es una comunidad con estatutos, reglamentos, sino de su relación con lo real. Una comunidad que forma parte de cierta agitación o forma parte de lo que ha producido el evento Freud.

9. Ananké

La Comunidad es la necesidad de discutir, de aceptar diferencias, argumentar, asumir las vicisitudes y las resistencias de las discusiones, argumentar y lograr acuerdos. Hay un real en juego en la dialéctica con los colegas, que se puede asumir en los movimientos que se producen.

Por último, Jacques-Alain Miller recomienda que no debemos confundir la Comunidad analítica y la Escuela.

Es necesario distinguir lo que es del orden de lo estatutario de la Escuela de los que es del orden de la comunidad analítica. Teniendo en cuenta de que existe siempre una tensión entre ambos y que debemos poder tratar.

Embrollados como hemos estado los últimos meses acerca de los reglamentos del Pase, de su inclusión institucional, etc. me parece que el debate sobre el pase ya se ha desplazado a otro debate, y que más allá de las decisiones institucionales sobre el dispositivo en las que la Escuela tiene su responsabilidad, de lo que se trata es de apostar por sostener y hacer vivir la comunidad analítica. Es lo que propongo para el debate de hoy.

Lucia D'Angelo

*[Extracto de la intervención en el Seminario del pase del 25 de mayo de 2010]

Notas:

1. Lacan, J.: "La Tercera", en *Intervenciones y textos 2*, Manantial, Buenos Aires, 1988, p. 86-87.
2. Lacan, J.: ibídem
3. Lacan, J.: "La proposición del 9 de octubre de 1967"(...), en *Momentos cruciales del psicoanálisis*, Manantial, Buenos Aires, 1987, p. 8-9.
4. Lacan, J.: ibídem
5. Miller, J.A.: Conferencias porteñas, tres tomos, Paidós, Argentina, 2010 /Introducción a la Clínica lacaniana. Conferencias en España, Colección ELP-RBA, Barcelona, 2006 y Lacan elucidado, Brasil.

A propósito de la comunidad analítica*

El agujero del psicoanálisis

Anna Aromí

Cada vez que oigo hablar de “la comunidad” no puedo evitar acordarme de Carmen Maura protagonizando la película de ese mismo nombre. En ella Álex de la Iglesia supo retratar en clave de humor negro y castizo la absurdidad y la violencia desatadas en una comunidad de vecinos donde cada uno peleaba contra todos para apropiarse del botín de un difunto. Es decir que el film retrataba la pasta de la que está hecho el núcleo de cualquier aglomerado humano.

El problema para el psicoanálisis es que, para seguir existiendo, necesita que entre los psicoanalistas haya una cierta comunidad. No es fácil entre otras razones porque su formación, siendo lacaniana, les enseña que no hay unidad-común en el analista. EL analista no existe. No hay rasgo por tanto al que identificarse. No hay.

La comunidad analítica, cuando lo consigue, se reúne alrededor de un agujero: el agujero del no hay, el agujero de lo real, el agujero del pase (o del AE), se le pueden dar varios nombres, todos llevando la marca del imposible. La comunidad analítica es una comunidad imposible porque los analistas no tienen el rasgo común, y lo que viene a ese lugar es algo que no se puede colectivizar porque es un agujero. Lo importante es darse cuenta de que este agujero no es el mismo para nadie. Ahí los psicoanalistas no son como una comunidad de propietarios, aunque haya podido parecerlo alguna vez. Lo real no se comparte, no hace común-unidad.

Si no me equivoco esto correspondería a lo que Lacan llama en *RSI* un agujero verdadero. No entraremos aquí en el tema, que me parece apasionante, si lo evoco es para poner de manifiesto que no todos los agujeros son iguales y que para que un agujero funcione reuniendo y no disgregando se requieren algunas condiciones.

No es sencillo pensar la cuestión del agujero. Digamos que no es lo mismo reunirse alrededor de una hoguera al caer la noche que reunirse alrededor del real propio del psicoanálisis. La hoguera alumbra a todos, a cada uno dependiendo de dónde está ubicado. Pero el agujero del psicoanálisis no funciona así. Si el asunto es tan complicado es porque no hay UN agujero para todos como sí puede haber una hoguera o un botín.

El problema es que al agujero del psicoanálisis lo ha de pergeñar cada uno en el análisis, y de ahí sacar sus luces. El agujero del psicoanálisis lo hace cada uno, y al psicoanálisis mismo con él. Es un modo de tomar en serio que EL psicoanálisis no existe por si mismo, que depende enteramente de que alguien ponga en juego su deseo de hacerlo vivir.

Hemos dicho que la comunidad analítica necesita del agujero del pase para reunirse, pero también ocurre a la inversa, que el pase no funciona sin estar sostenido por una cierta comunidad. El pasante, yo diría incluso el analizante en la medida que se plantea el horizonte de su análisis, necesita de una comunidad que le haga de puente, de eco, de partenaire incluso, que lo acompañe en el trayecto hasta el pase. Llegar a la puerta del pase no es un trayecto que se haga solo, aunque esto no elimina la irremisible soledad del acto de pedirlo y de presentarse.

Para esto, con ser imprescindibles, no basta con el dispositivo y los reglamentos. Se necesita que los psicoanalistas, además de organizarse en la institución que Lacan llamó Escuela, hagan algo más. Se necesita que disfruten con lo que hacen, incluso si se

equivocan. Que permitan que el deseo se embrolle y se desembrolle en ellos y alrededor de ellos. Que la libido circule y se pierda.

Me parece que el buen agujero está cerca cuando se nota algo vivo, alegre, que da ganas de estar ahí.

Anna Aromí

Barcelona, 27 mayo 2010

*Lo que sigue son algunas ideas surgidas al hilo de la pasada reunión del Seminario del pase en Barcelona.

Preservar el vacío

Rosa Godínez

El propósito de estas líneas es dar a conocer algunas consideraciones que me he planteado alrededor del trabajo realizado, la noche del 25 de mayo, en la Sede de la Comunidad de Cataluña en Barcelona, en el Seminario del Pase. Asistimos a la presentación del trabajo a cargo de Lucía d'Angelo: "El Pase de la Escuela" que, a partir de los elementos que aportó, respondió a mi parecer al propio marco del espacio de este curso 2009-10: "Pase y política del pase".

Esta reunión tuvo lugar después del paso por esta Sede de los dos AE recién nominados, Silvia Salman y Gustavo Stiglitz, que presentaron sus respectivos testimonios en el VII Congreso de la AMP, *Semblantes y Sinthome*, celebrado en abril en París. El trabajo de cada uno de ellos, desde su particular posición de enunciación, dejó un rastro de alegría la cual es signo de que ahí se produjo una transmisión, producto, por supuesto, de un deseo no anónimo y acorde con la singularidad del síntoma de cada pasante. Estos testimonios, junto a los otros que se dieron cita en este VII Congreso, adquieren un estatuto de enseñanza si nos apropiamos de cada uno a modo de "página en blanco que permite que en cada uno se relancen nuevas cosas"(nota extraída del comentario de Éric Laurent acerca de los testimonios presentados en el Congreso).

En el trabajo que nos ocupó, Lucía aportó nuevas cosas. Entre otras, propuso por una parte, poner en tensión la diada "*Escuela-Comunidad analítica*", lo cual mueve a plantearnos la pregunta de qué es y qué implica cada una, en su relación y en su diferencia. Por otra, planteó que el nivel de la política: en el mundo, en el psicoanálisis lacaniano y en la cura, acarrea una serie de consecuencias que atraviesa la Escuela misma; en su lado institucional y en su lado asociativo como comunidad. Estando advertidos de este hecho, propuso tomar "*la Escuela del Pase*" en su inversión lógica, "*el Pase de la Escuela*", el cual implica interrogarse sobre *el paso* que la Escuela debe dar para "subjektivar los efectos de la interpretación sobre lo real" (ver presentación on-line de Lucía D'Angelo en la web de la sede). Dicho *paso* se realiza "con los mismos recursos

que el analizante maneja” en su particular “paso de analizante a analista” (ibid). Para ello, en mi opinión, resulta necesario contar con una comunidad (analítica), al igual que el pase y el pasante deben de ir acompañados de ésta. Entonces, estaría bien plantearse ¿con qué comunidad contamos para tal fin?

Si consideramos que la Escuela del Pase es aquella que se hace causa del deseo de pase y lo insta en el horizonte, el momento actual es una buena ocasión para investigar: ¿Qué es la Escuela del pase? y, en consecuencia, ¿Qué Escuela del pase queremos?

Las diversas versiones de Escuela que hemos ido trabajando últimamente: Escuela-sujeto, Escuela-analizante, Escuela del pase... son enunciados que requieren ser vaciados de la buena manera y ello es una tarea de los analistas-analizantes, o lo que es lo mismo, de los analistas en posición analizante. En este sentido, estas versiones que se construyen deberían fundamentarse en la *Escuela como vacío*, la cual puede tomarse como el enclave de una comunidad cuyo deseo apuntaría a sostenerla y acompañarla. De esta manera, me parece que cada trabajo y cada aportación tienen como orientación principal reintroducir el agujero de saber en el corazón de la Escuela.

Preservar el vacío en cualquier empresa requiere de un anudamiento RSI. En una comunidad analítica por estar advertida del real en juego, la apuesta es más seria. La cuestión aquí es verificar si hay posición de deseo de estar dispuestos a agujerear el saber de manera que las invenciones sean posibles. Luego entonces, estar dispuestos a querer extraer de ellas un saber útil para el avance de la clínica y del psicoanálisis mismo.

A mi parecer, quizá esta tarea de restituir el vacío, siempre por reintroducir de manera continua, se acercaría mejor a la idea de *comunidad analítica, es decir, una Escuela que produzca una comunidad, soporte necesario para su ex_sistencia*.

Una de las aportaciones finales de esta reunión de trabajo fue la introducción del tema del futuro “Colegio del pase” de la ELP. Será un lugar que pretende poner al trabajo interrogantes que giran alrededor de un núcleo de ignorancia, el cual nos orienta: ¿qué es un analista? (en la Escuela que hoy queremos).

Esperamos que el producto de las investigaciones próximas sean provechosas para la comunidad analítica en su relación con el interior de la Escuela y con su exterior.

Rosa Godínez

Los restos pensables

Antoni Vicens

El pase, como todo acto, define una ética. La ética del psicoanálisis proviene del reconocimiento de la pulsión de muerte como componente ineludible del goce. En el pase, eso se dice, a la manera de cada cual. Podemos acercarnos a los modos en que Lacan propuso el final del análisis, y el pase, en términos de ética. En el pase, desde la demanda de entrar en el dispositivo, hasta el testimonio y las enseñanzas de un AE, se trata de decir: de un bien decir, ni loco ni débil, al menos por un breve instante de subversión.

El pase, desde la propuesta de Jacques Lacan, corresponde a una desidealización del psicoanálisis. El pase es consecuente con una ética, la que se define respecto de un objeto inexistente fuera del discurso psicoanalítico. Ese objeto fue definido como “objeto parcial” por Melanie Klein y sus discípulas. Lacan añadió que había que leer la parcialidad de ese objeto como la de “un objeto aparte”. En su Seminario 7, *La ética del psicoanálisis*, Lacan toma a ese objeto como *das Ding*, la cosa, el objeto sin concepto y sin utilidad, aquello que está en lo más alejado del sujeto y que a la vez resulta más próximo que cualquier prójimo. Se trata en realidad de la relación del sujeto con la contingencia de la que surgió, a la que podemos llamar también la ausencia del Otro. Ese objeto circula luego por los seminarios siguientes; por ejemplo, en el Seminario 10, *La angustia*, corresponde a un objeto sin concepto y a una imposibilidad inscrita en el corazón de la subjetividad, y toma el valor de un agujero en el saber. En el Seminario 11, *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, ese agujero en el saber se transforma en un borde: el que delimitan los cuatro conceptos como designaciones de un único objeto, el objeto *a*, causa del deseo y de la división subjetiva en la que ese deseo se separa de la demanda.

Y ese objeto *a* entendido como causa del deseo, toma su forma máxima de operatividad especialmente como objeto causa del deseo del analista. En el discurso analítico, que puede tomar el ser del sujeto como su objeto *a*, por lo que tiene de devoración, de expulsión, de mirada y de voz, el sujeto es subvertido en tanto que no es soberano del lenguaje. El sujeto del discurso psicoanalítico no es causa de sí mismo, ni tan solo de sus representaciones: es la representación que falta, y como tal es causado por la cadena significante.

Si vamos a la última enseñanza de Lacan, habremos de distinguir la ética del síntoma de la ética del *sinthome*. La primera está relacionada con *das Ding*, es decir con esa falta en ser causada por el hecho mismo de que el ser del sujeto se encuentra en la dimensión de un objeto. Nada permite una recuperación de esa pérdida, y la consistencia del deseo proviene de la configuración lógica de lo imposible (aunque sea vivido como impotencia, incapacidad o insatisfacción). Proponemos aquí que la ética del *sinthome* se puede cualificar desde las dos posiciones subjetivas de la psicosis y de la debilidad mental, en tanto diferenciadas del delirio generalizado y de la universalización de lo mental en nuestra civilización.

Volvamos ahora al Seminario *La ética del psicoanálisis*. En él Lacan defiende una desidealización del psicoanálisis a partir de la exclusión de tres ideales bien constituidos en la cultura general, cuyas pretensiones de universalidad desinfla: el amor perfecto, la autenticidad de conducta, y la no-dependencia. El ideal del amor cumplido sería el ideal del amor genital: el amor terapéutico, satisfactorio. Pero a ese ideal debemos insertarle el punto de ignorancia que tan bien supo sostener Freud: *Was will das Weib?* ¿Qué quiere una mujer? ¿Qué desea, ella? Pero también queda en entredicho la doctrina corriente del amor, que lo presenta como un sentimiento, incluso tratable con las píldoras del cognitivismo. El amor no es un ideal, en la medida en que es la metáfora de la muerte y, como tal, aparece como un trazo escrito que desafía a la contingencia del ser hablante. El amor nos sitúa frente a la alternativa que empareja, de un lado, la falta de sentido del sexo, para la que Lacan proponía la escritura “ab-sentido”, o “ab-sente”, y, del otro lado, el sentido que responde al “ab-sexo”. Digamos que el amor hace signo: signo de la pulsión de muerte.

El otro ideal proviene de la imaginada autenticidad de nuestros actos. Si el psicoanálisis incorporase este ideal como algo propio, su práctica sería un trabajo de desenmascaramiento. Pero el trabajo analítico encuentra el límite del semblante mismo. La verdad de la verdad no existe, y lo dicho no tiene como límite ninguna verdad definitiva. El decir se sitúa siempre en la dimensión de lo que es “como si”, como *As if*. Por eso nuestra técnica se detiene a medio camino en ese desenmascaramiento. No queremos revelarlo todo: el todo no es nada. Si le quitamos el velo a todo, no encontramos nada.

El tercer ideal al que se refiere Lacan es el del sujeto de la no-dependencia. De la denuncia de este ideal se siguen consecuencias de largo alcance para la clínica. El beneficio secundario del síntoma, tal como Freud lo describió, proviene de la ilusión de no-dependencia que el sujeto extrae de su dolencia. Ofrecer el síntoma a su interpretación aparece como una pérdida de autonomía, y el sujeto no quiere ceder ahí. El deseo lo es del Otro, lo que significa que descubrir que el síntoma es el sucedáneo sufriente de un deseo que no quiere ser admitido como un poder inconsciente, es una cesión de soberanía. El anarquismo antifreudiano encuentra ahí su raíz. El inconsciente aparece entonces como un amo contra el cual hay que rebelarse; resulta preferible el sometimiento a la ignorancia que el saber que se pierde. A partir de ahí, se deduce lo que llamamos la política del síntoma, que corresponde al saber cómo gestionar la cuota de soberanía recuperada en el análisis, negociable con la sumisión al verdadero amo, el lenguaje, o al amo supremo, la muerte.

Estos tres ideales caen al final del análisis. El analizado encuentra un modo de operar con su deseo para dejar que se formen los hábitos que lo conducirán en la vida. El analista de la Escuela, en su testimonio y en su enseñanza, se vale de esa experiencia de caída para interpretar la Escuela cuando ésta confunde –lo que es de regla– su inscripción en un espacio legal administrativo con los fines del psicoanálisis. En esta confusión, el psicoanálisis se presenta como defensor de los ideales descritos más arriba.

Pero el analista de la Escuela es siervo del discurso que lo ha llevado hasta ese punto en el que reconoce que hay otros psicoanalistas.

En una dimensión más concreta, el final del análisis queda indicado por Lacan de modos diversos a lo largo de su enseñanza. A la altura de su escrito *Función y campo*, de 1953, en el final del análisis se trataría de haber pronunciado la palabra primera, o primigenia, equivalente al *fort/da* con su valor de entrada primera en el inconsciente. El análisis terminaría con el *Da* que da comienzo al mundo, o como la articulación fundamental que hace surgir un sujeto de la demanda. El *Da*, al final del análisis, coincidiría con el *dasein*, aquello que uno es y que no tiene otra justificación para su existencia que la afirmación “aquí está”. Lo que se espera de un psicoanalista es que conduzca a su analizante hasta el punto en que puede surgir una palabra con categoría de oráculo, lo que provoca la única respuesta del sujeto: “entendido”.

A la altura del Seminario VII, *La ética del psicoanálisis*, de lo que se trata en un análisis es de llegar a decir la cosa indecible, la cosa de la Ley inconsistente, aquella que lleva la marca trágica de la culpabilidad sin precio. Se trata de decir el poder de la Ley, de aquella Ley que es causa de las leyes del superyó. El pase debería recoger entonces el testimonio de la dimensión trágica que encuentra como enunciado la frase de Edipo: “mejor sería no haber nacido”. Una vez dicho esto, la deuda de la vida puede matizarse como un goce soportable.

En el Seminario X, *La angustia*, permitiría definir el final del análisis a partir de ese afecto, como aquella vivencia que nos hace objeto separado de todo contexto legible. El seminario de Lacan muestra de qué manera esa vivencia se transforma, merced al análisis, en la separación lógica de un objeto, con el permiso de gozar de él a nuestra guisa. Léase en ese Seminario la referencia al Eclesiastés y a la autorización divina a gozar de la mujer amada. En este sentido, el pase procedería de la posibilidad de encontrar una indicación testimonial de esa separación. El pase recogería de qué manera quien ha atravesado la experiencia del análisis puede testimoniar que el objeto *a*, el objeto que tenemos para gozar, a la vez nos tiene. Entre el ser y el tener surge entonces un decir transmisible para la Escuela.

En su Seminario XI, *Los cuatro conceptos*, y en la “Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la Escuela”, Lacan sitúa el final del análisis como la demostración de que el sujeto, al objeto que surge como causa de su deseo, en lugar de exiliarlo, o de tomarlo como lo *unheimlich*, lo acoge como algo querido, y con ello se hace una conducta. En el pase se recoge el testimonio de esa travesía del fantasma, con el punto final de locura momentánea que sería vivir fuera del fantasma. Esa travesía se demuestra en la reducción que hace el pasante del dominio sentido como fuera de todo lugar, a la posibilidad de enunciarlo con una frase transmisible. El pase es la demostración de que es posible decir el objeto que uno es, y cómo una ex-sistencia proviene lógicamente de ahí. Se trata de decir bien lo imposible.

Cuando nos planteamos las formulaciones que explicitarían el final del análisis, y su transmisión en el pase, en la época de la más última enseñanza de Lacan, encontramos ciertamente dificultades. El recorrido por la ética del psicoanálisis no lo explicitaría todo, pero quizás alguna cosa.

Intentemos partir ahora, para ordenar la ética del psicoanálisis, en el pase y en el testimonio orientativo que se espera de un analista de la Escuela, de una frase de Lacan citada muchas veces: “Entre locura y debilidad mental, no nos queda sino elegir” (Seminario XXIV, *L’insu-que-sait de l’une-bévue*, lección del 11 de enero de 1977, en *Ornicar?* 14, página 9). Es una frase radical, en el sentido de que parece indicar una elección libre entre dos caminos incompatibles. Supongamos que salimos del análisis con la certeza de una elección en esa alternativa. Habremos de convenir que, si la encontramos al final, es porque fue una elección que el sujeto había hecho en el principio, como destino primigenio de la pulsión. Encontraríamos aquí el mismo movimiento al que Lacan se refiere al comienzo de su enseñanza como “la insondable decisión del ser”, a la cual remite la causalidad de la locura. (Lacan, *Escritos*, pág. 168) Era ciertamente mostrar el camino para la desconfianza sobre todas las formas de apropiación científica y causal de la locura. Con esa expresión, Lacan sitúa la locura en una elección del sujeto, y no en ninguna cualidad del objeto.

La alternativa se sitúa en una dimensión ética, que proviene de la soberanía del discurso, donde el sujeto debe inscribirse forzosamente. Ante esta situación, la debilidad mental consiste en elegir el flotamiento entre discursos (Lacan, en su Seminario XIX, *...ou pire*, da esta definición: “Denomino debilidad mental al hecho de que un ser, un ser hablante, no esté solidamente instalado en un discurso. ... entre dos discursos, flota”. Lección del 15 de marzo de 1972, inédita). Por su lado, la psicosis ha sido caracterizada por Lacan como el hecho de estar fuera de discurso.

La debilidad mental fue descrita por Maud Mannoni en su libro *L’enfant arriéré et sa mère*, de 1964. Lacan lo comentó en su Seminario 11, *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, donde habla de la debilidad a partir de la reducción del sujeto por parte de la madre a ser “el mero soporte de su deseo en un término oscuro”, y la consiguiente introducción de “la dimensión psicótica (...) en la educación del débil mental” (*Los cuatro conceptos...*, pág. 246). Rosine y Robert Lefort, en su artículo “La réalité de la débilité mentale” (*Revue de l’ECF*, nº 11) hablan de falta de la imagen de la castración en la debilidad mental (que no es para ellos una estructura, sino un avatar o un tropiezo en el desarrollo de un síntoma). Sin imagen de la falta, el sujeto vive entonces en una atmósfera de posibilidad de escritura de la relación sexual. Las mujeres son para él, y tal como queda ilustrado en la novela de Dostoievsky, *El idiota*, un doble imaginario. Gracias a este apoyo imaginario, su cuerpo es un Uno sin falta. El débil se apoya en el Otro, como si existiera; y no se autoriza a saber porque defiende al Otro como lugar intacto de la verdad (cf. el artículo de Pierre Bruno, “Sur la débilité mentale”, en *Ornicar?* 37). El débil se identifica con el deseo de la madre como “objeto oscuro”; de modo que saber es, para él como para todo el mundo, separarse de esa oscuridad mental. Por su parte, en el seminario *...ou pire* (1972, lección citada), Lacan se refiere al

débil y a su “búsqueda de garantía de un Otro no engañado para asegurarse como sujeto”. Vemos de qué manera la debilidad mental se proyecta públicamente como la dimensión de lo mental, como el angelismo del encuentro de todos los discursos, como el negacionismo del desencuentro entre los sexos, y como la ilusión que hace del lenguaje algo innato, inscrito en las neuronas. De este modo, el débil es alguien que no lee entre líneas, seguramente porque toma el lenguaje como algo puramente lineal, sin repetición. Es un sentimental; es alguien que siente como mental, irreductible a lo imaginario (cf. el Seminario 23 de Lacan, *Le sinthome*, pág. 37). La debilidad mental se generaliza hoy bajo el nombre de lo mental, y las formas de su tratamiento.

La psicosis, al menos la psicosis paranoica, proviene de la continuidad de los tres aros, real, imaginario y simbólico. La psicosis se generaliza hoy como la dimensión de lo social cuando es delegada a un sujeto anónimo, denominado “la gente”, que el capitalismo hace mercadería, o consumidor de mercaderías. Lo social es lo general, lo que se puede afirmar como *dictum de omni et nullo*, es decir, de todos y de nadie a la vez. Es el “ellos” paranoico del que el yo está excluido, es el “nadie” de la esquizofrenia en el que el goce instala su cuerpo, frente al cual se propone la suplencia de una personalidad libre, lo que supone de goce libre, en definitiva libre de goce.

Para referirnos entonces al final del análisis, debemos llevar esta alternativa entre psicosis y debilidad hasta sus últimas consecuencias. Según esto, el pasante, ante el dispositivo, y luego en sus testimonios, hace explícita la decisión que tomó en esta alternativa, y de la transformación ética que ha dado a su *fatum*.

El AE es entonces un débil que no ha devenido canalla. Lacan sentenciaba en el prólogo a la compilación de documentos *La scission de 1953* hecha por Jacques-Alain Miller, referida a los avatares de los psicoanalistas reunidos en las sociedades psicoanalíticas: “El débil, sometido al psicoanálisis, se torna siempre un canalla.” Siendo así, el débil, en el pase, da testimonio de una resolución no societaria de su síntoma. Esto quiere decir que ya no se queja de la inexistencia del mundo para instalar ahí su no-querer-saber-nada; y que no toma la posición del *go-between* entre los discursos, ni sostiene el pensamiento mágico de la astucia de la razón.

O bien es un psicótico, pero que no lleva el rigor de la letra hasta la paranoia. De la inconsistencia del Otro no extrae ninguna creencia, ni una defensa delirante del rigor del Otro.

En ambos casos hay una pérdida del beneficio secundario del síntoma. El débil se condena a extraer de su debilidad la pasión de la ignorancia. El psicótico se instala en el rigor de un saber que no rinde cuentas al Otro.

De no ser así, la debilidad se proyecta en la ideología de lo mental; y la psicosis deviene en el cinismo de la ingeniería social
